

# Experiencia trinitaria de Santa Teresa. Doxología e Inhabitación

RÓMULO CUARTAS  
(Ávila)

RESUMEN: La vida de Teresa como la de todo cristiano es trinitaria desde el comienzo hasta su plenitud. Esto significa que la Santa vive una especial relación con cada una de las Personas de la Santísima Trinidad y con la trinidad en su conjunto. Resaltamos en este estudio la dimensión doxológica y existencial de la vida trinitaria en Santa Teresa y terminamos haciendo especial énfasis en el realismo de la inhabitación trinitaria en la vida ordinaria del creyente según se desprende del testimonio y doctrina de la Santa

PALABRAS CLAVE: Trinidad, inhabitación, doxología, vida cristiana.

## The Trinitarian Experience of St. Teresa. Doxology and Inhabitation

*SUMMARY: the life of St. Teresa, like that of any Christian, is Trinitarian from its beginning to its fulfillment. This means that Teresa of Jesus lives in a special relationship with the Persons of the Most Holy Trinity and with the Trinity as a whole. In this study we emphasize the doxological and existential dimensions of Trinitarian life in St. Teresa and we end by placing particular emphasis on the reality of Trinitarian inhabitation in the ordinary life of the believer, as witnessed by her testimony and teaching.*

*KEY WORDS: Trinity, inhabitation, doxology, Christian life.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Es claro que para el cristianismo no existe otro Dios que no sea el Dios trinitario. Es también evidente que Teresa es cristiana<sup>1</sup>, y que el Dios que experimenta en la totalidad de su existencia es el Dios trinitario que se ha revelado en Jesucristo, tal como nos lo transmite el Nuevo Testamento y lo confiesa la Iglesia<sup>2</sup>. De ahí que cuando ponemos el énfasis en la relación de Teresa con cada una de las Personas de la Trinidad siempre tenemos presente esta verdad primordial del credo cristiano<sup>3</sup>.

La misma Teresa nos da la clave desde su experiencia: “¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare a la una de estas tres Personas, contenta a todas tres y quien las ofendiere, lo mismo”<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> “El camino de Teresa se sitúa y debe situarse en el trasfondo total de lo cristiano, como una expresión viva de la presencia del Evangelio de Jesús entre los hombres”. X. PIKAZA, *Experiencia de oración desde Teresa de Jesús*, Burgos, Monte Carmelo, 1982, 124.

<sup>2</sup> En Teresa se ve claramente que “la revelación de Dios como Padre de Jesús, que comporta la de Jesús como Hijo de Dios y Dios también como el Padre, y la del Espíritu Santo, don del Padre y de Jesús que introduce en la intimidad de su vida, es la revelación del Dios uno y trino. La doctrina de la unidad divina en la trinidad y la trinidad en la unidad que la Iglesia ha desarrollado es la consecuencia directa del Dios que Jesús nos ha dado a conocer”. L. F. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad*, Secretariado trinitario, Salamanca, 1998, 6.

<sup>3</sup> “El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, por tanto, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina... la historia de la salvación es la misma historia del camino y del modo con el que el Dios verdadero y uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo se revela a los hombres”. CEC, 234.

<sup>4</sup> R 33, 3 = CC 60, 4). En esta misma línea de pensamiento afirmaba el Areopagita: “Quede claro: cualquier nombre correspondiente a la Bondad de Dios, aun cuando se atribuya a una sola de las Personas divinas, deberá entenderse sin distinción de toda la Deidad”. PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Los nombres de Dios*, en: *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1990, 290.

Por eso afirmamos que la entera experiencia teresiana es trinitaria, y que el Dios “más bien de tipo general, el Dios común, más hebreo que cristiano”<sup>5</sup>, que aparece en los dos primeros capítulos de su autobiografía, lo mismo que el Dios que se le ha revelado y la ha salvado en Cristo, como el Espíritu Santo que la ha conducido hasta las más altas experiencias del amor, y el Padre que se complace en ella, es el único Dios vivo y verdadero, la Trinidad salvífica, obrando en ella de manera gradual y progresiva<sup>6</sup>: “*que me iba Su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir; y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor disponiendo*” (V 28,1)

Es evidente que Santa Teresa no menciona en sus comienzos a la Santísima Trinidad<sup>7</sup>, como también es tardía la mención del nombre de Cristo en su narración autobiográfica<sup>8</sup>, pero estos silencios, pedagógicamente intencionados, muy propios de una teología narrativa, no excluyen que su experiencia sea enteramente una experiencia trinitaria, tanto en el momento de escribir como en la globalidad de su existencia<sup>9</sup>.

<sup>5</sup> S. CASTRO, *Mística y Cristología en Santa Teresa*, en: *Revista de Espiritualidad* 56 (1997) 85.89.

<sup>6</sup> Por analogía con los estudios sobre la revelación en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, podemos iluminar nuestra afirmación con esta reflexión: “Tenemos que pensar que existe una manifestación progresiva del Dios uno y único en la historia de la salvación de la antigua y de la nueva alianza, y que todo progreso en el conocimiento de esta unidad divina es al mismo tiempo un crecimiento en el conocimiento del Dios tripersonal”. L. F LADARIA, *El Dios vivo y verdadero*, 367.

<sup>7</sup> EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *La Santísima Trinidad, sol del mensaje teresiano*, en: *Semanas de estudios trinitarios* 13 (1979) 205.

<sup>8</sup> S. CASTRO, *Mística y cristología en Santa Teresa*, 83-84.

<sup>9</sup> “En el plano estrictamente doctrinal la Santa reserva un puesto preciso al hecho misterioso de la inhabitación, en la última etapa del proceso espiritual, que ella -siguiendo la tradición- denomina “matrimonio espiritual del alma con Dios”. No es que en las precedentes etapas del camino espiritual esté ausente este hecho misterioso. Sino que la autora del *Castillo* prefiere ponerlo a foco desde la plena experiencia del mismo. A la luz de esta plena experiencia final, la inhabitación trinitaria aparece en toda su magnitud”. T.

Otra cosa es que la percepción y conciencia del misterio sean progresivas en ella<sup>10</sup>. Pero esto se debe, no a que la experiencia no sea trinitaria desde el comienzo, sino a la progresiva apertura de ella al don de la gracia. En palabras de Santa Teresa: “*es muy cierto que, en vaciando nosotros todo lo que es criatura y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de Sí*” (7M 2,7).

Por eso, la Santa, ya en la paz y sosiego, propios de su vivencia en la cumbre de su experiencia mística, hablando de la ordinaria presencia de las tres Personas de que ahora goza conscientemente, afirma: “*Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella*”<sup>11</sup> (7M 1,7), advirtiendo, no obstante, que conocer y experimentar esta realidad de la presencia de Dios en nosotros es pura gratuidad y obra de su misericordia: “*Esto no está en su mano, sino cuando quiere nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento; harta misericordia la hace en nunca se ir de con ella y querer que ella lo entienda tan entendido*” (7M 1,9)<sup>12</sup>.

## 2. EXPERIENCIA Y RELACIÓN DE SANTA TERESA CON LAS PERSONAS DE LA SS. TRINIDAD

Sin olvidar que la actitud amorosa de Dios respecto al hombre fue trinitaria desde el comienzo, es trinitaria es su desarrollo y lo es en la meta, nos proponemos en esta primera parte presentar una síntesis de

ÁLVAREZ, *Teresa de Jesús, Sta.*, en: X. PIKAZA - N. SILANES (eds.), *Diccionario teológico el Dios cristiano*, Secretariado trinitario, Salamanca 1992, 1349.

<sup>10</sup> M. HERRÁIZ, *La vida mística en Santa Teresa de Jesús*, 107.

<sup>11</sup> A estas alturas de su proceso, Teresa está viviendo un instante supremo en el cual, como afirma Von Balthasar de todo creyente, “el ahora ha estado siempre aquí y es tan pleno que resulta insuperable. No en el sentido de que la libertad del obrar de Dios fuera sofocada por el presente, sino en el de que expectativa y realización coinciden, donde la realización venidera realiza siempre con creces la expectativa”. H. U. VON BALTHASAR, *Teodramática* 5, 121.

<sup>12</sup> Con lo cual nos da a entender la Santa que uno de los mayores males que soportamos es la ignorancia o ceguera interior, y que una de las mayores gracias que recibimos de Dios es la luz e iluminación de nuestro entendimiento. Ella misma se pregunta: “¿Cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico?” (V 10,6).

la manera concreta como la Santa se relaciona y vive la comunión con cada una de las Personas en particular, y con la Trinidad misma como experiencia de totalidad.

### *2.1. Experiencia y relación con el Espíritu Santo*

Nuestro esfuerzo en este primer punto, consiste en profundizar lo que ha dado en llamarse ‘la pneumatología implícita de Teresa de Jesús’. Sin desconocer que las expresiones que hacen referencia directa al Espíritu Santo son escasas en la obra escrita de nuestra Santa, quiero profundizar principalmente en su experiencia existencial del Espíritu Santo. Leída toda la obra escrita por la Santa, su testimonio y su biografía espiritual en clave pneumatológica, tenemos base para hacer las siguientes afirmaciones:

- De la misma manera que Jesucristo habla poco del Espíritu Santo en el Evangelio, pero toda su actuación es palabra y obra en el Espíritu, así la Santa: habla poco del Espíritu en su narración, pero su vida entera es una obra acabada del Espíritu Santo. Es el Espíritu quien inicia, conduce, sostiene y lleva a la plenitud su proceso de cristificación y trinitización. Esta conclusión es el fruto de aplicar a Teresa su símil del “gusano de seda” desde el momento en que empieza a cobrar vida «con la calor del Espíritu Santo» hasta verse transformada en esa graciosa palomica, feliz de haber muerto porque ya su vida es Cristo.

- El anonimato es propio del Espíritu. Sopla y obra donde quiere y deja oír su voz, pero no vemos su figura ni sabemos de dónde viene ni a dónde va. Nunca se muestra a Sí mismo ni se pone a la luz, ni llama la atención sobre sí mismo. Es todo don, regalo, entrega. Él es la luz que no se puede ver salvo en lo que dicha luz ilumina: el amor-comunión del Padre y el Hijo. Por eso para percibir la pneumatología teresiana en toda su amplitud es necesario el estudio de su cristología. Su vida en creciente dinamismo de transformación y comunión con Cristo es la verdadera expresión de la vida y comunión de la Santa con el Espíritu Santo.

- Por lo tanto, la persona misma de Teresa, es una patente y potente manifestación del Espíritu Santo. En efecto, su carisma y

su obra fundacional, lo mismo que su labor literaria y su perenne magisterio, son dones del Espíritu Santo a la Iglesia y forman parte de la experiencia y relación de Teresa con la tercera Persona de la Trinidad, y de la misión que Él le encomendó. Desde esta perspectiva, nos queda abierto el camino para buscar una más global pneumatología teresiana que, a mi parecer, es todavía un vacío en los estudios teresianos y aportaría verdaderas novedades en la comprensión de Santa Teresa.

## 2.2. *Experiencia y relación con la persona de Cristo*

El segundo punto de nuestra reflexión está dedicado a la *Experiencia de Cristo en Teresa de Jesús*. Es, con mucho, el aspecto más y mejor estudiado en el campo de los estudios sobre la obra escrita de Santa Teresa. Partiendo de esta realidad, en nuestro trabajo, hemos dejado que la Santa nos contara lo que vio y oyó en sus encuentros con el Resucitado, y su estado de vida en Cristo en el momento de narrar su experiencia. Contando con lo mucho escrito sobre la experiencia cristológica de la Santa y los planteamientos de la cristología actual, los puntos más sobresalientes que quiero proponerles hoy, son:

- En el testimonio teresiano, como en el de los discípulos, es determinante el hecho experimentado por ella, como gracia singular, de que Cristo ha salido en su búsqueda, y le ha dado alcance; le ha hablado y se ha dejado ver por ella de manera reiterada. Si prescindiéramos de esta experiencia fundante o no tendríamos a Santa Teresa de Jesús o no lograríamos comprender su testimonio y su doctrina.
- En las visiones, locuciones y revelaciones ha tenido Teresa un verdadero encuentro con el Resucitado con toda su eficacia. Estos encuentros han afectado la totalidad de su persona en todos los aspectos, sobre todo, dándole la libertad que ella no había podido conseguir, a pesar de su empeño hasta comprometer su salud, la han llevado a una intensísima vida de comunión con Cristo y a comprometerse con Él en su misión salvadora.

Es decir, éste ha sido el camino a través del cual Dios ha actuado de manera singular en el ser de Teresa en orden a su santidad y misión personales, y al enriquecimiento de la Iglesia con esa misma santidad y misión, especialmente con su obra fundacional y su magisterio espiritual. La Santa no puede dejar de confesar que su camino, incluidas las locuciones y las visiones, ha sido válido para ella.

Pero advierte expresamente que el Señor lleva a cada uno por el camino que le conviene. Por eso no centra su mensaje en los fenómenos extraordinarios, sino en el contenido de los mismos que es el *don de Dios Padre en Cristo por el Espíritu*, como oferta y don para todos. Y esto lo hace Dios de muchas maneras y con tanta eficacia como lo hizo en ella.

- Profundizando en la singular y profunda experiencia de la Humanidad de Cristo en la confesión cristológica de Santa Teresa, concluimos que en esta Humanidad sacratísima la Santa ha recibido todos los bienes, que en Él ha visto y oído al Padre, y con Él ha entrado a participar en la íntima comunión de la vida intratrinitaria. Su testimonio es palabra de testigo en plena fidelidad al dato revelado y a la tradición eclesial y confirma existencialmente que Dios, en la plenitud de su revelación, se ha manifestado en Jesucristo como Padre, Hijo y Espíritu Santo y que cumple su promesa de morar en quien lo ama y guarda su Palabra.

- Consideramos que su mensaje cristológico tiene plena vigencia y acogida en los actuales enfoques cristológicos, especialmente en la cristología trinitaria. De ahí nuestra conclusión de que el gran acierto del cristocentrismo teresiano está, precisamente, en que Cristo es el único que nos revela la plenitud de Dios que, en su misterio más profundo, es la familia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es decir, afirmamos que la de Teresa es una auténtica cristología trinitaria porque no es otra cosa que el testimonio de la comunión con Dios en Jesucristo “divino y humano junto”.

### 2.3. *Experiencia y relación con la persona del Padre*

Para abordar la relación de la Santa con el Padre, asumimos desde el principio lo más enfatizado por Teresa en su experiencia de hija: *la*

*misericordia*. Resaltando el aspecto de la misericordia de Dios experimentada, vivida y confesada por nuestra mística, hemos querido reconocer su propósito al escribir sus obras, especialmente el libro de la *Vida*, que no es otro que hacer conocer cómo ha acontecido en ella la misericordia entrañable del Padre. Después de hacer una nueva lectura de los escritos teresianos desde esta perspectiva, podemos concluir:

- Unida a Cristo y “hecha un espíritu con Él”, la Santa se relaciona con el Padre con la misma ternura, confianza y cercanía del Hijo. En muchas ocasiones asume como propias las palabras de Jesús y en su relación con el Padre expresa sus mismos sentimientos, tales como la identidad con la voluntad del Padre y su entrega total al cumplimiento de la misma. Por eso podemos hablar con toda propiedad del *Abbá* teresiano, tanto más intenso cuanto crece su comunión con Cristo. Esto quiere decir que la relación de Teresa con el Padre es cada vez más próxima a la relación de Cristo con Dios su Padre. De aquí que afirmemos con el P. Tomás Álvarez que Teresa dice *Padre* desde el misterio del Hijo y desde el corazón del Evangelio<sup>13</sup>.

- Todo cuanto hemos dicho acerca de la relación de Teresa con Jesucristo, ahora, desde la perspectiva de su relación con el Padre, adquiere un nuevo sentido: el Padre se nos ha entregado totalmente en su Hijo y, por eso, Jesucristo es la máxima expresión de la misericordia divina y el don más precioso que hemos podido recibir.

- La Santa se presenta ante el Padre como la Magdalena, San Pablo o San Agustín, deshecha en gratitud porque se le han perdonado sus pecados y por haber sido salvada en Jesucristo en quien ella tiene pleno y confiado acceso al Padre, meta de la vida cristiana.

- La experiencia de la misericordia divina hace surgir en Teresa la más responsable y profunda gratitud, y encuentra que la mejor manera de agradecer al Padre es siguiendo a Jesús en estrecha comunión: ve claro que el camino es ofrecerse al Padre con el Hijo, participando ella plenamente de su vida, condición y desti-

<sup>13</sup> T. ÁLVAREZ, *Paso a paso. Leyendo con Teresa su Camino de Perfección*, Burgos, Monte Carmelo 1998, 175.



no, conforme al desposorio que los une: “Ya sabes el desposorio que hay entre ti y Mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé, y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia” (R 51= CC 50).

- La parresía, como actitud propia de los hijos de Dios, es vida por Teresa con características muy cercanas a la parresía de Jesucristo: cercanía, ternura, confianza, disponibilidad y libertad. Es fruto de su íntima comunión con Cristo, de verse presentada por Él al Padre, de su condición de desposada con el Hijo. Es tan serio y coherente el compromiso de Teresa como hija del Padre y como esposa de Cristo, que una de las notas más sobresalientes de su parresía es llegar hasta interceder ante el Padre por el mismo Jesucristo, su Esposo, a quien ve ultrajado en su cuerpo desgarrado (la Iglesia) y en la Eucaristía profanada.

Por eso increpa al Padre preguntándole cómo consiente esto, sabiendo que a Cristo no le faltó nada por hacer en su vida, pasión y muerte y recordándole que es su deber evitar que el Hijo se quede para ser injuriado cada día en la Eucaristía (CV 33,3-4).

Al fin, después de estos “desatinos”, entiende la Santa que es mayor el amor que nos tienen Padre e Hijo, y la evidencia de la humildad y de la inmensa bondad de la Trinidad entregada hace que la hija y esposa que ha comenzado increpando, termine suplicando al Padre que no nos falte nunca este don de Cristo en la Eucaristía, porque es lo único que tenemos para agradar al Padre y porque, no obstante los malos tratos, profanaciones, ingratitudes y ofensas, El nunca dejará de sustentarnos, pues el Padre nos le dio como mantenimiento y maná.

- Para la Santa es imposible experimentar y vivir la paternidad de Dios, anunciar y construir su reino, cumplir su voluntad y santificar su nombre por otro camino distinto al seguido por Jesucristo. Podemos decir que según la experiencia teresiana, la voluntad del Padre es Cristo y que cumplir la voluntad de Dios es identificarnos con Cristo, unirnos a Él en su vida, misión y destino, estando siempre dispuestos a ser esclavos de todos y servirle en quienes El más ama: los excluidos, los pecadores, los pequeños y los pobres.

- Ya a estas alturas de nuestra reflexión, podemos ver claramente que en Teresa de Jesús es imposible pensar en una espiritualidad que no sea trinitaria. En su relación y trato con el Padre nos ha quedado claro que todo lo que vive y hace la Santa, su proceso personal, su oración, la obra fundacional y literaria, es expresión de su comunión con el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y que entre el Padre y el Hijo forzado ha de estar el Espíritu Santo, que no deja de movernos para una progresiva y dinámica unión con los designios y voluntad del Padre manifestados en Cristo.

En síntesis, Teresa vive su relación con el Padre según lo que ha aprendido de Jesucristo: en una actitud de plena confianza por la salvación y los dones recibidos; con singular conciencia de su dignidad de hija, llena de gozo y alegría porque “mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama” (R 13); con la libertad y sinceridad propia de los hijos de Dios (Rm 8,14-17), y con el compromiso de gratitud propio del hijo responsable de ayudar en algo al Crucificado, entregando la vida como Él, para que nadie ofenda al Padre y todos se amen como Él nos amó (CV 30,5).

### 3. PARTICIPACIÓN EN LA COMUNIÓN INTRATRINITARIA. DOXOLOGÍA

Con la expresión teresiana: *Esta presencia de la Trinidad que traigo en el alma*, podemos sintetizar esta parte de nuestro estudio. Llegamos a él después de una nueva lectura del testimonio teresiano, ahora en perspectiva trinitaria.

Lo primero que queremos resaltar es que en todos los escritos teresianos se respira una atmósfera doxológica innegable. Una doxología que adquiere especial relieve y presencia en torno a la liturgia y a la Eucaristía.

Si unimos a esto el dato según el cual la doctrina trinitaria primitiva no es, en primer lugar, simple especulación privada, sino liturgia, adoración, alabanza como expresión de la alegría de la salvación y de la percepción de la cercanía del Señor, necesariamente hemos de concluir que, desde su experiencia de fe, la Santa interpreta su vida como una verdadera, concreta y personal historia de salvación; que en su

pluma, la narración del acontecer de Dios en ella, es una auténtica doxología existencial y una verdadera confesión encaminada a que el lector entone con ella un canto agradecido a las misericordias de Dios y que, ciertamente, el doxológico es el lenguaje más adecuado para expresar la experiencia de la Trinidad en su entrega salvífica.

*a) La vida ordinaria como Doxología existencial*

Siguiendo el camino trazado por Teresa en su doxografía, ella misma nos invita a dar un paso adelante. La doxología es más que el agradecimiento por los dones recibidos. En boca de Teresa, es testimonio de un especial conocimiento de Dios en sí mismo, que es mayor que sus dones. Porque el don que denotan la adoración y la glorificación es Dios mismo en su misterio más profundo, dejándose percibir por la criatura, donándose graciosamente a ella y admitiéndola a la intimidad de la vida intratrinitaria. El contenido de la más pura doxología es la Trinidad inmanente. El Dios trinitario en su ser más íntimo es adorado y glorificado por lo que Él es, y el verdadero adorador le adora en espíritu y en verdad porque en la doxología entrega a Dios lo que de Dios ha recibido: Dios mismo.

De ahí que no podemos quedarnos sólo en el lenguaje doxológico de la Santa por abundante que sea, porque la doxología entendida como la vive Teresa, es toda la persona gozosa y libremente rendida y entregada a quien es su dueño y Señor para que la inserte en su divina naturaleza y la haga una sola cosa con Él. Así hemos entendido el ser “alabanza de su gloria” (Ef 1,12), aplicado a la nueva vida de la Santa después de sus encuentros con el Resucitado y de verse presente con Él en aquella Divinidad. Propiamente este es el contenido del matrimonio espiritual que, de acuerdo con lo que estamos diciendo, solamente se entiende en su dimensión más profunda en contexto doxológico y trinitario.

También, en este contexto se aprecia mejor el llamado “realismo teresiano”. Porque la comunión tan íntima y profunda con la Trinidad, no la aleja de la realidad del mundo que pisa. Para la Santa, amar, como respuesta al amor recibido, esperar, confiar, servir, son actitudes fundamentales vividas “sub specie laudis”, es decir, como formas de alabar a Dios con todo el ser en la vida concreta. A través de la entrega en servicio del Reino, lo cual para Teresa es “ocuparse

de las cosas de su Esposo”, se transparenta el Dios que la habita y en quien ella vive. Por eso hemos afirmado que del testimonio teresiano se desprende que la doxología verdadera es la que nos hace llevar por todas partes el morir de Jesús en una vida de entrega, a fin de que la vida del Resucitado se manifieste a través de todo cuanto hacemos (2 Co 4,10-11).

*b) Doxología unificadora de la imagen y concepto de Dios*

Uniendo los dos puntos anteriores en la experiencia teresiana, vemos que en ella es imposible distinguir la Trinidad económica y la Trinidad inmanente. Porque para ella, el Dios de las misericordias que se manifiesta gratuitamente en la economía de la salvación y que está “en todos”, es el mismo “Dios y Padre que está sobre todos” (Ef 4,6).

Para nuestra mística, el Dios que se nos ha revelado, comunicado y salvado en Cristo, es simultáneamente la Trinidad económica y la Trinidad inmanente, sabiendo que lo que percibimos, captamos, entendemos y experimentamos de Dios, no abarca ni siquiera un mínimo de cuanto ha querido revelarnos ni de cuanto nos tiene prometido. En Teresa se da una serena armonía entre la percepción de la máxima inmanencia del Dios que es todo en todas las cosas (1 Co 15,28) y la suma trascendencia del Dios, sabiduría infinita, sin medida y sin tasa y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos (E 17,1).

A nuestro parecer, la doxológica es una clave de lectura todavía sin explorar suficientemente en los estudios teresianos. Toda la propuesta oracional teresiana adquiere, desde aquí, una nueva luz. No se trata solamente de involucrar todo nuestro ser en la oración. Esta debe configurar nuestra vida. De tal manera que orar y obrar son una misma cosa, “porque vida activa y contemplativa es junta” (CV 31,5).

La vida trinitaria no solamente se disfruta, sino que compromete y configura un estilo de vida. La vida que se vive en comunión con la Trinidad se manifiesta en las obras, concepto éste que abarca la apertura a la gracia; la lucha por el propio crecimiento espiritual; las relaciones con los demás; el señorío y libertad ante los bienes temporales y los convencionalismos sociales; el sentir con la Iglesia y la entrega de la vida, como Jesús, para que el reino venga y la voluntad de Dios

se cumpla en la tierra como en el cielo. Por eso para ella, los trabajos son doxología, vida trinitaria, ayudar a Cristo a llevar la cruz: “Juntos andemos, Señor; por donde fuereis, tengo de ir; por donde pasareis, tengo de pasar” (CV26, 6). Esta es su identidad como “alabanza de su gloria” (Ef 1,12) o doxología existencial.

*c) Cristo en la Eucaristía nos une a Él en la doxología y en la entrega.*

En la experiencia teresiana, como en la vida de la Iglesia, la Eucaristía es fuente y cumbre de toda su vida mística (cf. LG 11). Para la Santa, la Eucaristía es ante todo don del Padre y autodonación trinitaria, ya que el Padre que consiente y concede la petición, que en nombre de la humanidad le presenta su Hijo, de entregarse en ella como nuestro alimento, se compromete y se entrega juntamente con Él, pues Dios es siempre amor en acto. Es el sacramento y memorial del sacrificio redentor de Cristo, permanente obra salvífica de la entera Trinidad. Es, igualmente, el sacramento de la presencia del Señor, donde le ve tan verdaderamente presente “como en los tiempos en que andaba Cristo, nuestro Bien por el mundo” (CV 34,6). Y es también el sacramento del Resucitado, pues siempre que contempló a Cristo en la Eucaristía lo vio con las características del Resucitado. De esta manera, Eucaristía y Resurrección quedan íntimamente vinculadas en la espiritualidad doxológica de la Santa.

Cristo en la Eucaristía es la doxología por excelencia porque el Padre se deleita y goza con Él, es la ofrenda que verdaderamente le es aceptada y agradable y es la fuente de los mayores y más eficaces dones (R 57 = CC 43). El mayor de estos dones es que a través de la comunión eucarística nos unimos al Hijo de tal manera que también en nosotros se deleita el Padre, nos acepta como doxología y ofrenda agradable, y nos permite participar en su misión. De esta manera, la íntima comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo en la Eucaristía, es también envío, misión permanente, tanto más comprometida e intensa cuanto mayor es la comunión con la Trinidad que vive también en misión continua.

Pero la hondura de la experiencia eucarística de Teresa no termina aquí. Su mucha fe y el gran amor con que es amada por Dios encuentran su punto culminante en la gracia del *matrimonio espiritual*,

máxima experiencia de comunión con Dios que se puede tener en esta vida, experimentada por Teresa en pleno contexto eucarístico. Es, podríamos decir, la expresión cumbre de la entrega total de sí a Cristo, convirtiéndose con El y en El en alabanza perfecta a la Santísima Trinidad.

*d) Séptimas Moradas, cumbre de la doxología teresiana*

Entramos así de lleno en las *séptimas Moradas*, a nuestro parecer, la cima desde la que se ilumina todo el proceso teresiano. Desde aquí comprendemos que la experiencia trinitaria de Teresa no es un punto de llegada, sino la fuerza dinamizadora de todo su proceso místico. La Santa desarrolla estas Moradas en cuatro capítulos: el primero, *trinitario*, donde nos presenta su experiencia de la Inhabitación; el segundo, *crisológico*, cuyo tema central es la unión con Cristo en “divino y espiritual matrimonio”; el tercero, *antropológico*, donde nos presenta los “grandes efectos” que hacen en la vida concreta de la persona estas gracias de la Inhabitación trinitaria y del matrimonio espiritual; y el cuarto, *apostólico o eclesial*, “con que acaba dando a entender lo que le parece que pretende nuestro Señor en hacer tan grandes mercedes al alma”. Los cuatro forman una unidad narrativa en la cual la Santa hace una síntesis de toda su experiencia, y la propone a los lectores como fundamento, meta y síntesis de la vida de la gracia, que no es otra cosa que el don de Dios Padre en Cristo por el Espíritu. Por eso decimos que las *séptimas Moradas* son la gran doxología teresiana como máxima expresión testimonial de la experiencia trinitaria, cuyo proceso hemos tratado de seguir a lo largo de todo nuestra reflexión.

1) El primer contenido doxológico corresponde al primer capítulo de estas *séptimas Moradas*. Lo podemos considerar bajo el subtítulo: *doxología a la Trinidad habitante en su criatura*. El motivo explícito de esta doxología culminante, es que “dentro de esta alma hay morada para Dios” (7M 1,5). Un motivo que es cumplimiento de la palabra evangélica (Jn 14,23) experimentada por ella como don gratuito de nuestro “buen Dios”, y comunicado al lector como noticia de salvación, evangelio de la fidelidad de Dios, certeza de que Dios prome-

te y cumple (Nm 24, 19), y de que sus dones y la vocación son irrevocables (Rm 11,29):

“se le muestra la Santísima Trinidad, todas Tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas Tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas Tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendrían Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos” (7M 1,6).

2) La Santa sabe muy bien que ella por sí misma vale muy poco. Que todo lo ha recibido de Dios y que todo lo puede únicamente en Cristo, pues es en Él en quien Dios se nos ha dado, y sólo en Él tenemos acceso a la Trinidad. De tal manera que sólo en la sacratísima Humanidad de Cristo podemos percibir la gracia de la Trinidad inhabitante en el hombre. Por eso el segundo motivo doxológico, presentado con toda su profundidad en el segundo capítulo de las *séptimas Moradas*, y que nosotros podemos contemplar bajo la idea fuerza de la *doxología a la Trinidad por su autodonación en Cristo*, por exigencia interna, tiene su cumbre natural en el *matrimonio espiritual*.

Solamente permaneciendo en Cristo podemos ver a Dios deleitándose en su criatura y a la criatura hecha una con su Dios. La Santa insiste en que esta gracia del matrimonio espiritual la vivió en contexto eucarístico: “después de comulgar”, que fue “por visión imaginaria de su Sacratísima Humanidad... con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado”, y que implica entrega confiada y compromiso: “le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas y Él tendría cuidado de las suyas” (7M 2,2). De esta manera Teresa ha sido transformada en eulogía existencial, alabanza a Dios por lo que Él es.

Así como Jesucristo glorifica al Padre no tanto con sus palabras como con su propio ser de Hijo y su obediente entrega a la voluntad de quien lo envió, el seguidor de Jesucristo lo hace siendo él mismo

una existencia transfigurada. Teresa es ella misma eulogía, pues con su existencia trinitizada habla a Dios con la palabra que Él escucha siempre, Jesucristo (Jn 11,42); habla de Dios, no con palabras suyas sino con las que ha aprendido de su Esposo (Jn 12,49); las obras que hace son las obras que realiza el Padre que está en ella (Jn 14,10). Y, aunque la Santa no lo diga, al permanecer ella en Jesucristo, no solamente han venido a morar en ella el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Jn 14,23), sino que, como consecuencia de ello, también ella hace las obras que hace Jesús (Jn 14,12): glorificar al Padre y hacer que muchos le glorifiquen.

3) Los capítulos tercero y cuarto de las *séptimas Moradas* son la piedra de toque de todo cuanto contienen los dos primeros y de todo el proceso teresiano, “porque en los efectos veremos si es verdadero lo que queda dicho” (7M 3,1). Los dos capítulos son una *Doxología a la Trinidad porque en Cristo nos hace criaturas nuevas y porque nos permite participar en su misterio pascual y en su misión*. Es la descripción mística de la identidad y del obrar del *hombre nuevo* que surge de todo el proceso de cristificación-trinitización vivido por la Santa y propuesto a sus lectores.

Según la experiencia de la Santa, la persona que ha resucitado con Cristo (Col 3, 1), el hombre nuevo, el hombre trinitizado y cristificado, recreado en la justicia y santidad de la verdad (Ef 4, 24), hecho en Cristo alabanza de la gloria de la Trinidad, es una persona olvidada de sí y totalmente entregada a la honra y gloria de Dios; es responsable y siempre dispuesta a servir; tiene siempre por buena la voluntad de Dios; vive las tribulaciones con la alegría de estar participando en la misión de Cristo y es solidaria con todos, especialmente con aquellos que quieren hacerle mal, a quienes cobra un cariño especial. Su amor a Dios ya no se expresa en el deseo de morir para estar con el Señor, sino que su afán es salvar almas y alabar a Dios ayudando en algo al Crucificado. Dios presente en la persona es su tesoro, su gozo y su fortaleza. Para el hombre nuevo *sólo Dios basta*. Es, además una persona atenta para escuchar y responder al Señor, en cuya presencia vive y cuya presencia en él experimenta de manera permanente. Su vida es un caminar humildemente con su Dios en confianza, paz y disponibilidad (7M 3).



Esta es ni más ni menos la descripción narrativa del hombre espiritual (1 Co 2,5), hecho en Cristo Jesús “espíritu que da vida” (1 Co 15,45), que refleja como en un espejo la gloria del Señor, y se va transformando en esa misma imagen, cada vez más glorioso, conforme a la acción del Señor que es Espíritu (2 Co 3,18).

Según este autorretrato espiritual de Santa Teresa, extendido por ella a todos los que “mete el Señor en esta morada suya, que es el centro de la misma alma” (7M 2,9), en la medida en que el hombre va llegando a ser espíritu viviente, se entrega amorosamente al Dios personal que, a su vez, lo invade desde el centro habitado por Él y toda la persona queda transformada. Es transparencia del Dios de nuestro Señor Jesucristo en la entrega. En una palabra, cada creyente así agraciado sabe que su unidad en matrimonio espiritual con Cristo es para completar en su carne las tribulaciones del mismo Cristo a favor de su cuerpo que es la Iglesia (Col 1,24).

No puede Su Majestad hacernos mayor regalo que “darnos vida que sea imitando la que vivió su Hijo tan amado”. Por eso, tanto la gracia de la Inhabitación como la del matrimonio espiritual y sus efectos “son para fortalecer nuestra flaqueza para poderle imitar en el mucho padecer” (7M 4,4). Tal ha sido la infalible e ineludible constante a través de la historia: “Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron a Cristo nuestro Señor fueron los de mayores trabajos...” (7M 4,5).

En este contexto, podemos afirmar que para Santa Teresa la participación en el misterio pascual de Cristo y en la perfecta alabanza de éste al Padre, es una realidad existencial, una experiencia vivida a lo largo de muchos años, un compromiso que relativiza gustos espirituales, fenómenos extraordinarios, gozo, seguridad, descanso y aún la propia vida. Como lo podemos deducir de su biografía teológica consignada en sus escritos, para la Santa su gozo, su gloria y su corona es llevar siempre en su cuerpo por todas partes el morir de Jesús a fin de que también la vida de Jesús se manifieste a través de ella (2 Co 4,10-11). Así Teresa de Jesús, unida de manera permanente a Él en una muerte como la suya (Rm 6,5), lleva también en Él una vida nueva (Rm 6,4), y son los méritos de Cristo los que hacen que nuestras obras sean una alabanza a la Trinidad y “lleguen almas para que se salven y siempre le alaben” (7M 4,12).

#### 4. INHABITACIÓN TRINITARIA: GRATUITA, PERMANENTE Y EXIGENTE

La experiencia, testimonio y doctrina de la Santa, en estricta concordancia con la enseñanza bíblica, nos permite afirmar que no entenderíamos nada de nuestra vida cristiana si desconociéramos la gracia de la Inhabitación trinitaria, pues la Inhabitación es un hecho real en nuestra vida, aunque no siempre seamos conscientes de ello. El interior de toda persona es un santuario donde mora la Trinidad.

Es igualmente cierto que la incardinación del hombre entero a la esfera de la vida trinitaria no se da sin su voluntad ni contra su voluntad, y que la persona humana debe comportarse frente a la verdadera vida que se le regala con inteligencia y voluntad.

Así, enseñados por la Palabra, la reflexión teológica y el testimonio de los santos, nos queda claro que, si bien, el crecimiento de la gracia en la vida del cristiano se desarrolla progresivamente, sólo tiene los límites que nosotros le pongamos, porque Dios, que se nos ha dado todo y de una vez en su Hijo Jesucristo, nos va dejando percibir y disfrutar su presencia en la medida en que nos vamos dejando captar y arrebatar por Él. Y *“como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos; mas no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo... Pues si el palacio henchimos de gente baja y de baratijas ¿cómo ha de haber el Señor con su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo”* (CV 28,11-12).

En Santa Teresa tenemos un testigo experimentado en todo el proceso del desarrollo de la gracia en la vida del creyente. En su confesión autobiográfica nos hace testigos de su largo proceso de conversión, desde su resistencia a la gracia hasta verse toda ella viviendo en la Trinidad y *ver* a las tres Personas viviendo en ella; participando en la vida intratrinitaria y comprometida responsable y activamente en la permanente misión divina de la salvación del mundo, hecha de esta manera una doxología viva cuya principal alabanza son las obras que nacen de esta experiencia como una forma de “tomar como propios los intereses” de la misma Trinidad salvífica.

Sin embargo, sin pretenderlo ni ser un testimonio que se salga del proceso común de la gracia en todo creyente, el testimonio teresiano nos revela un plus en esta experiencia de la gracia, abriendo de esta manera nuevos y más amplios horizontes a su comprensión.

No se trata de una dimensión no revelada de la gracia, o de un género de gracia que se salga del siempre sorprendente e inabarcable proceder de Dios en su autodonación. Con Teresa de Jesús hablamos más bien de la *experiencia mística de la gracia*, o lo que es lo mismo, de la Trinidad aconteciendo en ella hasta máximos experienciales insospechados, si bien, no exclusivos ni excluyentes, tal como lo afirma la misma Santa: “*aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como Él nos quiere, a todas las daría. No está deseando otra cosa sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas*” (6M 4,12).

Es importante constatar que en el proceso teresiano, la experiencia consciente de la Inhabitación tiende progresivamente a ser cada vez más segura y permanente. Así lo deja ver en los testimonios de los últimos años de su existencia (1575-1582), tal como se desprende de expresiones como: “*esta compañía que traigo siempre en el alma*” (R 54= CC 41); “*las tres Personas de la Santísima Trinidad que traigo en el alma esculpidas*” (R 47= CC 36); “*estando como suelo después que vi la visión de la Santísima Trinidad*” (R 33,1= CC 60,1); “*siempre se anda conmigo esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad*” (R 6, 3 = CC 66,3).

La misma Teresa sintetiza bien estas dos características de la *permanencia y certidumbre o seguridad*, de la inhabitación de la Trinidad en ella: “*Estando una vez con esta presencia de las tres Personas que traigo en el alma, era con tanta luz que no se puede dudar estar allí Dios vivo y verdadero*” (R 56 = CC 42). De donde podemos deducir, además, que la inhabitación trinitaria es una realidad inmensamente dinámica, que a ninguno deja estancar y que ninguno puede agotar.

La experiencia teresiana llega a una plenitud tal que confirma, por los efectos, la veracidad de todo el dinamismo vivido por ella desde la búsqueda de un Dios escondido a quien conocía sólo de oídas (Cf. Jb 42,5; V 1,1-2), al trato íntimo y sosegado con el mismo Dios, pero ahora desvelado como “el Dios vivo y verdadero”, que permanece en ella como esculpido, y que no es una soledad lejana sino una familia, tres Personas que “*se conocen, se aman y unas con otras se deleitan*”. Pero lo más admirable es que ella, además de verse inhabitada por esta Comunidad divina, participa del “*gran deleite y amor que*

*tiene el Padre en conocer a su Hijo, y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa” (E 7,2).*

La Santa nos deja ver que sus relaciones interpersonales con la Trinidad cada día le resultan más fáciles y connaturales; que la Trinidad de las Personas divinas experimentadas de un modo progresivo, culmina en una *presencia habitual*; que ya las visiones imaginarias aisladas han sido sustituidas por la presencia-comunión continua de la Trinidad.

## 5. CONCLUSIÓN ABIERTA

En consecuencia, del testimonio teresiano podemos concluir que el hombre tiene en su interior “otro cielo”, que es la estancia interior “*adonde solo su Majestad mora*”. Por lo tanto, la teresiana es una experiencia que nos asegura de manera vivencial lo que sabemos por la fe: que Dios en su misterio es inagotable, es un abismo de riqueza y sabiduría, insondable en sus designios e inescrutable en sus caminos (Rm 11,33-35); que tampoco el hombre tiene límites en su capacidad de Dios porque el Padre nos ha destinado a reproducir la imagen de su Hijo (Rm 8,29), y el Espíritu que vive en nosotros nos hace reflejar “como en un espejo la gloria de Dios” (2 Co 3,18) que está en la faz de Cristo (2 Co 4,6), y nos va transformando en esa misma imagen, “cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor que es el Espíritu” (2 Co 3,18).

Si a esto añadimos que son las mismas Tres Personas las que le dan a entender a Teresa que en ella se cumple la promesa hecha por Cristo de venir a morar en nosotros con el Padre y el Espíritu Santo (Jn 14,23), entendemos la seguridad con que la Santa afirma: “*Cuán diferente cosa es oír estas palabras y crearlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son*” (7M 1,7). Ciertamente “*Aquí es de otra manera*”(7M 1,6) porque “a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó, a esos también los justificó; a los que justificó, a esos también los glorificó” (Rm 8,30). Esta glorificación es la que pregusta y testimonia en grado eminente Santa Teresa.

También está muy presente en la experiencia teresiana que la gracia de la Inhabitación, en todo su proceso de concienciación, es siempre un don gratuito al que se responde con un compromiso igualmente gratuito; que excluye falsas seguridades y exige al máximo la práctica del propio conocimiento y la humildad, y que se vive en la tendencia creciente a llevar una vida transfigurada, en la cual se transparente cada vez más el Dios que nos inhabita y en quien vivimos.

Santa Teresa, aunque puede afirmar con toda autoridad que muy pocos han llegado a experiencias tan sublimes como ella, no lo ha experimentado todo y ha dicho bastante menos de lo que ha pasado por ella. De ahí que su palabra sea una palabra sugerente, dinámica, abierta siempre a nuevos horizontes. La propuesta que surge de su experiencia trinitaria es la de un hombre nuevo, cristificado que, en Cristo y con la permanente y silenciosa acción del Espíritu Santo, llega a ser verdadera imagen y transparencia del Dios vivo. Un hombre trinificado.

Para nosotros, este aspecto es de suma importancia y pide una profundización amplia en el concierto de los estudios teresianos. Detrás de todo cuanto hemos descubierto en la experiencia teresiana de la Santísima Trinidad, subyace la propuesta de una *antropología trinitaria* que se proyecte en un nuevo estilo de constituir y vivir la comunidad, verdadera comunidad a manera del “pequeño colegio de Cristo”, según lo intuye y lo pone en práctica Santa Teresa desde su primera fundación. Podemos afirmar, entonces, que para percibir toda la hondura de la espiritualidad trinitaria de la Santa, además de buscarla en su proceso personal y sus abundantes y ricos textos trinitarios, hemos de desentrañarla en su forma de vivir personalmente y en comunidad, y en la proyección de su experiencia interior en su obra fundacional, tanto en lo que logró como en las intuiciones implícitas que encontramos en sus escritos.